

LOS ARTISTAS

Pablo José ha cruzado el Atlántico para tocar en el paseo marítimo una pequeña pandereta. Claro, que esa no era la idea, pero cuando el trabajo empezó a escasear no quedó más remedio que buscarse la vida de alguna forma. Su primo Arcadio toca el acordeón. No lo hace bien aunque al menos se defiende. Pablo José luce un ridículo gorrito de paja que le viene pequeño y baila de forma grotesca al ritmo de las notas discordantes. Parece un viejo monito de circo. No nació para ser artista.

Frente a ellos, en la terraza acogedora de un restaurante, los turistas devoran con frenesí pescado recién cocinado y se empachan de sangría helada. Un hombre, con cara de jabalí amenazante, los mira con desprecio, toma la servilleta, limpia de su barbilla la grasa que le escurre, llama al camarero y le dice algo.

El servil empleado se acerca a Pablo José y a su primo y los invita a marcharse. Lo cierto es que están en la calle y no tienen obligación de obedecer, pero sumisos y cabizbajos se retiran a otro sitio donde continuar su trabajo. Parece que hoy no es su día.

BLANCANIEVES

La déspota Blancanieves sometió el hogar de los siete enanitos a su duro gobierno. Consiguió que la acogieran al amparo de inventadas historias de huerfanita abandonada. Pronto su frágil gesto cambió y comenzó a ejercer sus malas artes para apoderarse de las muchas riquezas de los enanos que, engañados y seducidos, se movían a la voluntad de la malvada niña. Sólo uno de ellos desconfió y contrató los servicios de un conocido mercenario, que de un certero flechazo atravesó el corazón de Blancanieves cuando paseaba por un huerto de manzanos. Este hecho, provocó una guerra civil en la que perecieron todos los enanitos.

DÍA DE MERCADO

Caminaba sin rumbo entre la maraña de tenderetes y gentes. El calor de cuerpos apiñados se extendía desde el suelo húmedo. Los olores del mercado se mezclaban y creaban una atmósfera densa y nauseabunda.

En un rincón un poco apartado vio un puesto que le llamó la atención. Pasó a su interior tras sortear un innumerable amasijo de cachivaches colgados del techo de lona. Un comerciante viejo, con cara de sinvergüenza, le saludó mientras frotaba las manos con avaricia. Sobre el mostrador se amontonaban objetos fascinantes. Sus manos tímidas tocaban las miniaturas bajo la mirada vigilante del mercader.

Se enamoró de un pequeño elefante tallado en madera negra, pero cuando supo el precio se derrumbó su ánimo. Su escaso capital apenas cubría la cuarta parte del montante. Intentó regatear, pero el hombre no cedió ni un céntimo en sus pretensiones. Salió de allí con el odio latiendo en las sienes. Volvió la vista atrás y observó al comerciante atareado en colocar la mercancía sobre el pequeño mostrador. Tomó una piedra grande del suelo y por el hueco que se abría, la lanzó con furia. Impactó de lleno en la cabeza del hombre. El pánico se apoderó de él cuando el viejo saltó en pedazos con un horrible estruendo de cristales rotos.

Huyó de allí a toda prisa. Tropezó con los obstáculos que frenaban su carrera. La gente increpaba su conducta y alguno le soltó un manotazo.

Alcanzó una zona tranquila a la vuelta de una esquina solitaria. Se recostó en la pared sucia. El corazón amenazaba con salir por la boca. La imagen del comerciante haciéndose añicos le horrorizaba. Su alma infantil creía en la magia. No sabía que, en realidad, su certera piedra había impactado en un espejo.



LO NUEVO

La magia de lo nuevo es siempre irreplicable.

Hay que saborear cada gota de ese dulce y efímero licor porque es imposible reproducir su sabor con los mismos ingredientes.

Lo sucesivo no son más que sucedáneos insípidos y monocordes, pero la vida es así.

CURIOSIDAD INFANTIL

Audrey Hepburn y George Peppard se abrazaban, con desesperación, bajo una intensa lluvia en un callejón de Nueva York. Apenas salieron las letras, la pequeña lo miró y de forma inocente le preguntó:

—Tito ¿tu nunca te has enamorado?

El tío la observó con asombro. Percibía en la pregunta cierta picardía mezclada con curiosidad infantil. Él era el único soltero de cinco hermanos y ya pasaba de los cuarenta y cinco años.

Pensó por un instante y recordó que una vez estuvo enamorado. Pero no, no fue amor. Si lo hubiera sido, en la locura que envuelve el sentimiento, hubiera abandonado todo por ella y no lo hizo. Quizás ahora le pesaba, pero entonces venció la razón. Sus relaciones posteriores fueron caprichos efímeros. ¿Amor? No, nunca hubo amor.

La niña seguía mirándole, con los ojos muy abiertos, esperando la respuesta de su tío.

—¿Qué cosas tienes, criatura! —fue todo lo que dijo, mientras echaba mano a la cartera para convidarla con un billete de cinco euros, como si así pudiera comprar la voluntad de la pequeña y evitar su curiosidad.

PARADOJAS

Decidió ser sincero. Desde entonces nadie lo soporta.

MIEDO A DORMIR

Confundió las dosis de las pastillas. Seguramente no ocurriría nada, pero la noche reinaba y no conseguía dormir. La idea de no despertar lo mantenía alerta. Cuando llegara la mañana sentiría miedo a enfrentarse a un día de dura lucha sin haber podido descansar. Quizás el resultado fuera fatal cuando se quedara dormido al volante del autobús con cincuenta pasajeros.

EL CIEGO

En el paso subterráneo, entre los Jerónimos y el Monumento a los Descubridores, tiene su hogar y su oficio un hombre ciego. Cuando llega la mañana se levanta de su lecho de cartones y, con mucho cuidado, sale al parque cercano. Se lava en la fuente lo mejor que puede y regresa enseguida al túnel.

Canta dulces melodías con una voz sorprendentemente juvenil. Un buen puñado de antiguos fados nutre su repertorio. Clava los ojos vacíos a un cielo invisible para los que solo vemos una cúpula de ladrillos sucios y gastados.

La voz del viejo se extiende por todo el paso en un amable eco y navega a los buenos tiempos de la juventud perdida. De vez en cuando, el sonido metálico de una moneda que cae en la lata que tiene a sus pies le hace sonreír.

Una vez lo quisieron ingresar en una residencia de ancianos, pero se negó a hipotecar la libertad por una cama blanda y un plato de sopa caliente.

LAS DUDAS

Pasaba cada mañana junto a ella. Le encantaba aquella rosa del jardín, pero nunca se atrevió a cortarla. Cuando por fin se decidió, se le habían adelantado.

LA REBELIÓN DEL CORDERO

Acaba de llegar a casa. Se descalza con precipitación en el pasillo, tiene los pies deshechos. Se deja caer en su sillón favorito y, sin cambiarse de ropa, aguarda su regreso. En ese instante se oye la puerta. El hombre entra como una bestia. Mira aterrorizada, pero segura: mete el dedo en el gatillo y agarra con fuerza la culata de la pistola que esconde bajo el vestido.

OTRO ATARDECER

El sol se humilla como un guerrero derrotado en el atardecer. Se oculta tras la colina y desaparece de mi vista. Su luz se derrama aún, pero pierde fuerza a cada minuto. En ese momento me cruzo con el autobús que va camino a Madrid. Mi cabeza viaja en el tiempo perdido a otro remoto atardecer en el parque del Retiro. Aquella lejana tarde descubrí a Pachelbel. Volaba hacia mis oídos, ligero y suave. Llegó a mi cabeza y, sin pedir permiso, inundó mi alma. Y así se instaló en el álbum de fotografías sepias en el que se archiva la añoranza.

PARA TODA LA VIDA

—Buenas noches, amor ¿me das un beso?

Nunca contestaba pero aceptaba sus caricias y con eso él era feliz. Hasta que un día dejó de soportarla. Le provocaba intensos dolores. Con el corazón lleno de tristeza se deshizo de ella.

Luego compró otra almohada, esta vez de látex, alguien le dijo que son para toda la vida.



© Víctor Manuel Jiménez Andrada. 2010

Textos Breves

Víctor Manuel Jiménez Andrada



www.papirowebxia.com

(poesía, relatos breves y microrrelatos)